



# Trabajo



Año III :-: Se publica los Domingos :-: Aguilas, 30 de Abril 1933 :-: Redacción: Aranda, 17 - bajo :-: Precio 15 cts.-: Núm. 79

## La tolerancia de las autoridades provocan un atentado Estampa

Glosas al Primero  
:-: de Mayo :-:

Queríamos haber dedicado nuestro fondo a lo que es una obligación de todos los trabajadores: orlear al Primero de Mayo es nuestro deber, aunque anticipadamente; hoy es su víspera. No por ello vamos a dejar de conmemorarlo en nuestras páginas como podrá ver el lector. Pero es el caso que, cuando menos nos creíamos ocupar este espacio para los fines que hoy lo dedicamos, no tenemos otro remedio que rendirnos a ello puesto que se trata de una protesta que hace el pueblo en general, atenuada por nuestras plumas, con la excepción obligada de los que desgraciadamente figuran en el cuadro de los humanos debiendo figurar en el de las bestias.

Aguilas vuelve a enfurecerse ante el atropello que está siendo víctima por parte de las autoridades que la gobiernan y no, como dicen algunos insensatos, contra el chulo que ellas protegen; es el menos responsable. Y esto es lo que nos obliga a dedicar nuestro fondo a este fin, aun a sabiendas de que toda protesta nuestra, del pueblo, grabada en letras, correrá la misma suerte que si fuera hablada: se la llevará el viento. Lo tenemos comprobado. Prueba de ello es que, en más de una ocasión, nos hemos quejado en estas columnas a todas las autoridades y hasta la fecha no han respondido, como merecían nuestras demandas. No ha mucho presagiábamos un día de luto al pueblo que, por fortuna, no llegó a consumarse la noche del 23 de este mes, no sabemos por qué suerte. ¿Qué a quien se debe ello después de nuestras advertencias reiteradas? No hay que acudir al bombillo que arroje la bola que lo señale; categóricamente a las autoridades. ¿Demostración? Ahí va:

El chulo a que nos referimos llega a Aguilas; ingresa en el partido político que todo el mundo puede suponerse que no es otro que el radical. Acude a una sesión del municipio, y a las primeras de cambio, después de oír a uno de nuestros concejales,—que como todos, sin excepción, deben ser respetados dentro de tal hemiciclo—promueve la primera provocación, que no tiene efectos dado a la sensatez de nuestros camaradas allí presentes en la tribuna pública. Poco después, asiste a otra y ya no se conforma con la provocación solapada sino que llega hasta a insultar, de la forma más grosera, a quien por justicia debía ostentar el título de la honradez, a nuestro camarada Antonio Pérez. Poco después se permite agredir en pleno juzgado y en presencia del Juez y del Fiscal, a un pobre anciano que contendía con él por motivos de un juicio. Más tarde se permite agredir a un viajante que visita por primera vez a este pueblo. Todo ello con la descarada protección de las autoridades, pues su proceder no señala otra cosa, ya que no hemos visto aún el castigo merecido que procede a tanto desmán.

Escándalos de menor importancia no sabemos cuantos. Y por último, cuando ya se creía que la reflexión había embargado a este energúmeno, cuando la confianza era mayor y cuando más tranquilo estaba nuestro camarada Robles, puesto que no tenía por qué estar intranquilo, hasta el punto de estar compartiendo unas horas de ocio con el padre y con el tío carnal del indicado chulo, es cuando llega y sin más explicaciones, hiere a nuestro camarada que por la situación de la herida parece, sin duda, iba de muerte.

¿Tiene motivos el pueblo para manifestarse de la forma en que lo hacemos? Suponemos que las altas autoridades tendrán que rendirse ante la evidencia de los hechos. ¿Qué significa esto? Por las autoridades locales que son cavernícolas y radicales, que para el caso es lo mismo, protección. Por las provinciales y ministeriales, apatía o dejación ante la suposición de hipótesis de nuestra parte por pasiones políticas.

Como verán no es nada de eso. Si hay pasión política está en la acera de enfrente y no en la nuestra, supuesto que nosotros no recomendamos la violencia, antes al contrario, la recriminamos; en la de ellos es fácil y casi lo suponemos, ya que su fracaso es inminente.

Todas estas vejaciones que sufre el pueblo, no ya los socialistas, ni ningún sector político sino el pueblo, repetimos, están hiriéndole en lo más vivo de su honra y de su dignidad; y esperamos por última vez que la sanción de la justicia en su severidad no haga posible lo que afortunadamente no ocurrió la noche que nos obliga al alzamiento de nuestra voz.

Terminamos entregándonos desde el juez de Primera instancia hasta el ministro de Justicia y desde el Gobernador Civil hasta el ministro de la Gobernación confiados que resplandecerá la justicia ante los hechos que relatamos.

¿Se llevará el viento este anhelo del pueblo ante la presión del caciquismo que nos domina?

El Primero de Mayo es para mí la fiesta más simpática de todas las que se celebran en el ciclo del año. El Primero de Mayo es la fiesta de la Paz y la Concordia, del Trabajo, del Progreso, y de todas esas cosas tan nobles y tan bellas a las que se entregan con toda el alma la mayoría de los seres humanos, mientras una minoría insignificante, precisamente la de los que se dicen mejores en todo a los demás, las consideran deshonrosas de su estirpe y linaje, que no es más digno ni más honrado que el más oscuro proletario. Esta es, en cuestión, la fiesta de Primero de Mayo.

Esta fiesta surgió del éxito de una manifestación celebrada en Francia reclamando del Gobierno la jornada de ocho horas, la fijación del salario mínimo, y otras cosas no menos importantes, en el año 1889. Tal resonancia tuvo este hecho, que Raimundo Félix Lavigne, Secretario de la Federación Nacional de Sindicatos obreros de Francia, consideró oportuno proponer al Congreso Internacional Socialista, la creación en todos los países de una fiesta de afirmación idealista, para conmemorarla. La iniciativa fué aprobada, y se acordó fuese el día primero de Mayo del año siguiente. En ella, los obreros del mundo, unidos por la fraternidad y el estímulo, harían visible la fuerza prepotente de su organización, en mítines y manifestaciones, haciendo que sus eternos detractores temblaran de miedo, considerando cada año más inminente el derrumbamiento rotundo y definitivo de su odioso imperio.

Por aquellas tribunas de tabloncillos entrecruzados, frágiles materialmente, pero soberbias e inexpugnables en la realidad espiritual, irían desfilando temblorosos de emoción, con la palabra escueta en adornos, y rica en la doctrina y en la arenga, entre el alarido tremante de entusiasmo de las multitudes, semejantes al panorama de un mar batido por el huracán impetuoso, las figuras nobles, severas y patriarcales de Pablo Iglesias y de sus compañeros, apóstoles todos de un sublime ideal de redención, cada día más rico y próspero en adeptos. La fiesta ya era un hecho tangible,

El edificio de la emancipación del obrero, tenía una nueva piedra angular. Era muy justo. Mientras tantos días del año se derrochaban en fiestas, innecesarias unas, ridículas otras, surgió la más grande de las fiestas, la más sublime y la más hermosa. El pueblo la acogió con júbilo, como lo hace con todo lo que es factor a su revolución. Se inició con un entusiasmo inigualable, y así ha ido sucediéndose, año tras año, hasta la fecha, sin que el tiempo que todo lo apaga, y las dificultades que se han opuesto a su paso y a las que ha tenido que derribar y vencer, hayan conseguido amortiguar un solo átomo de la extensa hoguera de su lozanía, antes bien, a medida que el tiempo ha transcurrido, se ha ido afirmando más y más en todas las conciencias ciudadanas, adquiriendo cada año un temple más fuerte que el anterior.

Ninguna fecha mejor para esta fiesta, que el Primero de Mayo, en plena Primavera, en medio de su plétora generadora que inocular su savia desbordante, para que al conjuro de su fuerza de preponente plenitud crezca y se agigante con ímpetu rotundo. Así, en Primavera, cuando la sangre circula por las venas con ardor rebelde e impetuoso, cuando el árbol de la vida se reproduce en brotes nuevos de los que han de surgir nuevas generaciones, y los bancales, y las lomas, y los otros se inclinan para mostrarnos en esplendor polifacético, la pompa esmeraldina de su hojarasca y su follaje, el encanto glauco de un arroyo, la hermosura de oro viejo de sus trigales, los rubies encendidos de sus amapolas; así, en Primavera, cuando todo es savia, juventud, y vigor, la fiesta del Primero de Mayo, nos da la sensación de que vivimos un día tan sólo ¡tan sólo un día! el sueño por el cual lucharon y murieron tanto apóstol y tanto mártir. Y el fervor de nuestros ideales erguidos y arrogantes, siempre en alto, triunfando sobre el vilipendio y la calumnia en que estérilmente pretenden encenagarlo, puede competir en hermosura y en pureza con esa loa que tan tibia hemos hecho de la Primavera y de la fiesta.

Ahora, sólo nos resta gritar todos a una, en un clamor estruendoso que haga extinguirse los tímidos grititos de nuestros enemigos:

¡VIVA EL PRIMERO DE MAYO!  
Ramón SERNA LAROSA

